

Discurso

PRONUNCIADO EN EL CEMENTERIO POR EL PRESIDENTE
DE LA ACADEMIA, DOCTOR CARLOS ESGUERRA

Señores :

Como Presidente de la Academia Nacional de Medicina vengo a cumplir con el honroso pero tristísimo deber de rendir en su nombre el último tributo de cariño y de respeto al distinguido académico señor doctor ABRAHAM APARICIO, muerto en la madrugada de ayer y cuyos restos vamos a guardar en este momento en ese nicho.

Pocas veces la muerte se habrá mostrado más cruel con una sociedad científica que lo ha sido en los últimos meses con la Academia Nacional de Medicina. Todavía no nos hemos restablecido de la dolorosa sorpresa que nos causó la prematura muerte del académico doctor Manrique, cuyo elogio y justas manifestaciones de pesar aún no han terminado, cuando la muerte vuelve a tronchar una de las cabezas más altas y vigorosas de la Academia, cual era la del doctor APARICIO, y a herirnos a todos sus miembros en las fibras más delicadas de la amistad y del compañerismo.

Las bellas prendas de carácter y de cultura del doctor APARICIO, su modestia e insuperable benevolencia, hicieron que a él se ligaran todos sus consocios con los lazos de la más franca y cordial amistad, y es esta la razón de por qué hoy lloramos su muerte como si fuéramos miembros muy allegados de su familia o sus más íntimos amigos.

No me detendré a hacer el elogio del doctor APARICIO como esposo, como padre, como amigo, ni como servidor público, que esas fases de su vida sí son bien conocidas de todos los que me escuchan, quienes tuvieron ocasión de ver y de sentir todas las delicadezas de su carácter y los impulsos nobles y generosos de su corazón, y llegaré pronto a la fase científica y académica de su vida, sin duda no bien conocida ni de sus íntimos amigos y admiradores, porque su gran modestia supo siempre ocultarla o disminuirla.

Apenas iniciado en el ejercicio de la profesión, que para él fue un verdadero sacerdocio, se ocupó con otros distinguidos médicos en organizar la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales, de la cual fue su primer Secretario. El doctor Plata Azuero, de gratísima memoria para la Academia, fue el primer Presidente de esa Sociedad.

La mayor parte de la labor científica del

doctor APARICIO la hizo en servicio de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales primero y de la Academia después, y por eso la *Revista Médica* conserva en sus páginas casi todos sus trabajos; y basta recorrer aun a la ligera los múltiples volúmenes de esta publicación, para formarse una idea aproximada de lo extensa y variada de su obra científica y académica en cerca de cuarenta años.

Sirvió a la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales en los puestos de Secretario, Tesorero y Redactor varias veces de la *Revista Médica*, y ella correspondió esos servicios eligiéndolo su Presidente.

Hasta aquí sus servicios a la Sociedad de Medicina y a la Academia no son muy diferentes de los que les prestan muchos de sus otros miembros fundadores, y cuando comienza su obra más personal y de mayor importancia y valor para la Academia es cuando como Representante al Congreso presenta y hace pasar en sus múltiples debates la ley que convirtió la Sociedad de Medicina en Academia Nacional, respetándole su primitiva organización y hasta su Reglamento interno.

A la nueva Academia le siguió sirviendo el doctor APARICIO con la misma constancia y entusiasmo con que lo había hecho a la primitiva Sociedad de Medicina y Ciencias Natura-

les, y, como era justo, fue también uno de sus Presidentes, y de nuevo Redactor de la *Revista* en más de un período reglamentario.

Los servicios del doctor APARICIO a la Facultad de Medicina no fueron ni menos constantes ni menos valiosos que los prestados a la Academia.

Muy joven fue nombrado Profesor, y todos los médicos que hoy ejercen en el país, a menos de haber pasado por la Escuela en los últimos años, fueron sus discípulos, unos en Terapéutica, otros en Clínica y otros en Medicina Legal, pues de todas estas materias fue docto Profesor, siempre querido y respetado de sus discípulos.

Tuve el honor de ser discípulo en Medicina Legal, y todavía recuerdo con placer esa época en que adquirí uno de los amigos más cariñosos que he tenido en el grupo siempre predilecto para mí de mis antiguos maestros. El doctor APARICIO no fue nunca el maestro adusto y temido de los alumnos, sino el amigo cariñoso y benévolo que sabía estimularlos y hasta consolarlos de los fracasos que tuvieran en los exámenes.

La Higiene y la Medicina Militar le deben también al doctor APARICIO importantes y desinteresados servicios, que como los prestados a la Academia, que apenas he enumera-

do someramente, llenarían muchas páginas si fueran a recordarse con mediana detención.

Las virtudes y múltiples merecimientos del amigo y maestro que hoy lloramos fueron premiados en vida, cosa que no es frecuente, con una vejez tranquila y apacible que sólo interrumpió la larga y penosa enfermedad que puso término a sus días.

En el risueño y concurrido sitio de *La Esperanza*, en hacienda propia y próspera, pasó los últimos años cuidado y consentido por su esposa y por sus hijos y viendo que éstos formaban hogares a su lado tan felices como el suyo, al propio tiempo que prosperaban en sus labores industriales o profesionales haciéndose dignos del aprecio social que él les hubiera conquistado en su larga y meritoria vida.

Descansad en paz, ilustre maestro, que la Academia de Medicina sabrá honrar vuestra memoria y la Nación no olvidará vuestros servicios.